



Dibujo de GASPARD CAMPS.

S. S. EL PAPA LEON XIII

Fot. Tip. Lit. del ALBUM SALÓN.

sobre las manos juntas, en aquella posición en que se nos representa á los humildes que lloran, y las líneas de sus vestiduras sacerdotales son de maravillosa belleza.

»En el silencio se oye un gemido. Es un acento desconsolado, como el de un anciano que gime, como de un niño que llora; luego, como el sollozo de un moribundo. Poco á poco aquel gemido crece en intensidad, cual si tomara aliento en la fuerza de la plegaria fervorosa, cada vez más conmovedora y humilde, y de pronto, asumiendo vida y fuerza, las palabras de la oración latina llegan hasta los mudos y asombrados oyentes, elevándose hacia algo poderoso é invisible. Y resuenan, por fin, de un modo claro, con la profunda convicción de un corazón arrepenido y contrito, las palabras: *¡Mea culpa! ¡mea máxima culpa!*

»No puedo describir la impresión que me produjeron aquellas palabras y aquella voz. Surgían de lo más íntimo del corazón, al corazón hablaban y, comparadas con ellas, las demás palabras, resultan sin energía, sin eficacia, mentirosas. Yo, que asistí á tal espectáculo, tenía los ojos bañados en llanto.

»Continúa la Misa. Y á medida que adelanta el Sacrificio, parece que el augusto anciano recobra su perdido vigor. Sus ojos centellean, se yergue su estatura, se afirma su voz.

»Termina la Misa y el Pontífice baja del altar, sostenido por dos diáconos. Se recuerda involuntariamente al viejo Moisés, apoyado en Aarón y Hur, que mira, anhelante de deseo, hacia la tierra santa. El Papa no oficiaba la misa; la vivía.

»Hay otro momento solemne, el de la bendición: las palabras de paz, acompañadas de una sonrisa de sus ojos grises que resplandecen de bondad, de un ademán afectuoso que parece una caricia dirigida á las frentes prosternadas.

»Y después, cuando se rezan las tres *Ave Marias*, León XIII hace un esfuerzo para cantarlas; se robustece la voz apagada, brillan los ojos, se ilumina el rostro y de todos los ojos brotan lágrimas, porque la majestad humana, que nadie puede despreciar, fulgura, y deslumbra, y vence, y avasalla.»

Después de la Misa Pontifical, oye S. S. la que celebra uno de sus capellanes, permaneciendo de rodillas desde el Ofertorio hasta la Comunión, en su reclinatorio de damasco encarnado, y regresa á sus habitaciones, en donde le espera ya su frugal desayuno: una taza de café y té con leche, galleta ó bizcochos; á veces, sólo café ó té.

Satisfecha esa necesidad corporal, manda llamar á sus secretarios particulares, quienes le dan cuenta de la correspondencia y reciben instrucciones para contestarla. En pos de ellos entra el Cardenal Secretario de Estado y los demás Cardenales prefectos de las Congregaciones de turno, los cuales le ponen al corriente de todos sus tra-

bajos, pues tiene la costumbre de enterarse minuciosamente de todo. Recibe á continuación á los Embajadores; despacha más tarde con los secretarios de Memoriales y Breves á los Príncipes y el resto de la mañana conságralo á los extranjeros distinguidos que han solicitado besar su mano. Aunque las audiencias públicas le fatigan bastante, suele conceder algunas los lunes y jueves.

Cuando el tiempo está bueno, baja á los jardines y pasea hasta las dos, hora en que vuelve á la biblioteca, donde le sirven la comida, consistente por lo general en una sopa ligera, un frito, un asado de carne, queso Carpineto, dulce y algo de fruta, vino de Burdeos y una taza de café puro. Como cosa extraordinaria, se permite en días determinados tomar una copita de Jerez.

La etiqueta es en el Vaticano más estrecha y rígida que en las Cortes de los Monarcas más autócratas. Según ella, nadie puede sentarse á la mesa del Pontífice; de modo que si, por rara excepción, invita éste á algún personaje, se le coloca en otra mesita á su lado, aunque el tal sea de estirpe regia; debiendo advertirse que la invitación se refiere al desayuno exclusivamente.

Después de la comida, el Papa se retira al gabinete de estudio para



PALACIO DEL VATICANO — LA CAPILLA SIXTINA.

Fot. de Alinari, hermanos (Roma).



SALIDA DEL PAPA DE LA CAPILLA SIXTINA; por PABLO BÉJAR.

reanudar sus tareas, tras unos minutos de descanso, hasta las cinco de la tarde, en que sale á pasear en coche por los jardines, acompañado de dos Cardenales, camareros secretos, y llevando á la portezuela un guardia noble montado. A su regreso y mientras llegan las ocho y media, hora de la cena, limitada á un caldo, un plato de legumbres y fruta, se entrega de nuevo al trabajo. Durante ese tiempo escribe ó prepara, sin ayuda de secretario, sus Encíclicas, lee los extractos de su correspondencia y de los principales periódicos del orbe, ó se engaña en la lectura de los Santos Padres y de los clásicos latinos é italianos.

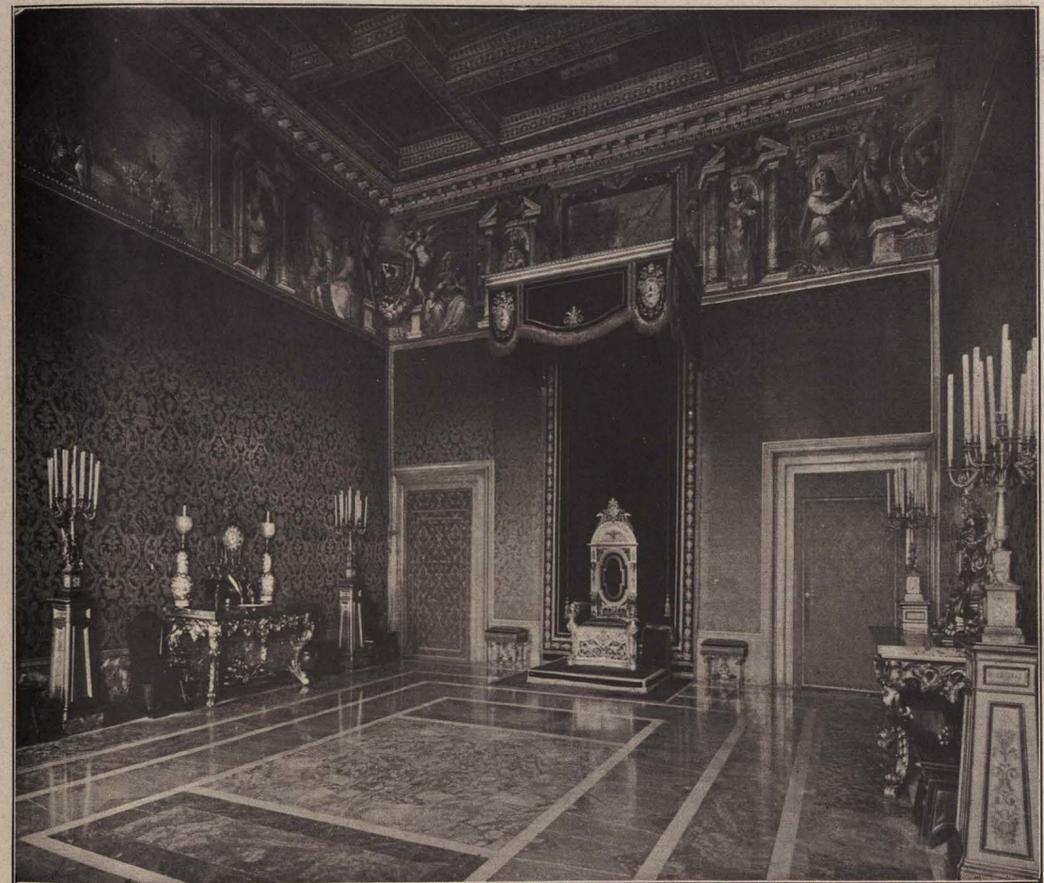
A las nueve se retira definitivamente, no para dar al cuerpo el reposo tan necesario á su edad, sino para continuar trabajando hasta que le rinde el sueño.

Tal es la vida ordinaria de León XIII, conforme la pinta un allegado íntimo; menos regalada á fe que la de cualquier particular medianamente acomodado; ejemplar por lo humilde, admirable por lo laboriosa.

No ha faltado quien supusiera, vista su sobriedad y sencillez, que

León XIII tiene tanto de avaro cuanto tuvo de desprendido Pío IX; pero esa apreciación no ha prosperado. Los donativos hechos por el Papa ascienden anualmente á una cantidad respetable, y más dadivoso sería siguiendo los impulsos de su alma, si la inflexible lógica de los números no le obligara á obrar con cierta cautela. ¿Qué significa lo que él pueda economizar en su persona, comparado con el presupuesto de gastos que ha de sostener? No implica avaricia al administrar con cordura, ni debe llamarse generosidad al despilfarro. Téngase en cuenta que para mantener decorosamente la representación universal de que se halla investido y las infinitas atenciones que de ella emanan, necesita León XIII nada menos que 21,000 francos diarios. ¿Cómo subvenir á tan considerables desembolsos si su administración no fuera matemáticamente ordenada y prudentemente económica!

No entra en nuestros cálculos discutir, ni es de nuestra incumbencia, si los gastos á que nos referimos son indispensables para enaltecer la religión de Jesucristo; si datan ya del tiempo del fundador de la Iglesia ó se



PALACIO DEL VATICANO — SALÓN DEL TRONO.

Fot. de Alinari, hermanos (Roma).

han ido acrecentando con los siglos; encerrándonos en los estrechos límites de la información, vamos á dar una sucinta idea de la cuantía y calidad de los individuos que componen la familia pontificia, como uno de los datos justificativos del presupuesto papal.

Constituyen lo que se llama familia pontificia, los eclesiásticos y seglares dedicados al servicio doméstico y personal de S. S. y á desempeñar los cargos del Palacio Apostólico. Comprende los Cardenales llamados *palatinos* y muchos Prelados dependientes del *Mayordomo*, que es el primer cargo no cardenalicio de aquella Corte.

Se conoce con el nombre de *Cardenales palatinos* al *Secretario de Estado*, al de *Breves*, al *Pro-datario* y al *Secretario de Memoriales*. El Cardenal *Pro-datario* está al frente de la *Dataria Apostólica*, encargada de la concesión de las gracias pontificias y llamada, por la importancia de sus funciones, *Oculus Papæ*; habiéndose escogido siempre para este cargo uno de los miembros más ilustres del Sacro Colegio. El *Secretario de Memoriales* pone en manos del Pontífice las peticiones, ya de gracia, ya de jus-

ticia. Al *Secretario de Breves*, cargo vitalicio actualmente, toca expedir estos *sub annulo Piscatoris*.

El *Secretario de Estado* dirige las reclamaciones de la Santa Sede con las naciones extranjeras; y este cargo, desde el año 1700, se confía también á un miembro del Sacro Colegio.

Los principales cargos de la Corte Pontificia, no cardenalicios, son los siguientes: *El Mayordomo*; un Prelado á quien está confiada la custodia de la sagrada persona del Papa y la superintendencia de la Corte, de la familia pontificia y de los palacios apostólicos. Su cargo no cesa por la muerte del Pontífice, pues ejerce en Sede vacante las funciones de Gobernador perpetuo del Cónclave.

*El Maestro de Cámara*; encargado de dirigir el ceremonial de la Corte y de la familia pontificia, de regular la admisión de las audiencias del Papa, de introducir á los Soberanos, Príncipes y Embajadores; siendo el superior inmediato de la familia pontificia, en cuanto se refiere á sus atribuciones.